

Tranquilidad

Autor: Maurice Koechlin

Tranquilidad

Nada debería perturbar la tranquilidad de nuestros corazones. Cristo es nuestro pastor. El buen Pastor dio su vida por su rebaño y nos ampara. Nos guarda, nos ama, alumbrando nuestro camino y nos dice sin cesar: “No temas”. Nos lleva sobre su espalda y en su corazón hasta que nos introduzca en la Casa del Padre.

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado” (Isaías 26:3). “En quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (30:15).

¡Nuestros pobres corazones! Qué poca cosa es necesaria para perturbar esta tranquilidad. Basta un pequeño obstáculo a nuestros deseos para inquietarnos y hacerla desaparecer. El Señor dice: “Que vuestros corazones no se carguen... de los afanes de esta vida” (Lucas 21:34), los cuales impiden gozar del Señor. La Palabra nos advierte contra las **preocupaciones** y nos exhorta a rechazarlas: “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7). Son una carga que perjudica nuestra prosperidad espiritual y nos impiden correr a la meta: “Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús” (Hebreos 12:1-2). La tranquilidad solamente se puede lograr poniendo de lado la propia voluntad y sometiéndose a la voluntad de Dios, la cual es buena, agradable y perfecta para el alma dependiente (Romanos 12:2).

A menudo, la fe nos falta y el Señor debe decirnos, como a sus discípulos: “Hombres de poca fe” (Mateo 8:26). Nosotros entonces debemos responderle, como aquel padre que le rogaba que echase el demonio del cuerpo de su hijo: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:24).

La tranquilidad del creyente no significa indiferencia con respecto a sus deberes, a su trabajo o a su familia, sino la confianza que da la fe en todas las circunstancias y ejercicios de la vida, esperando en todo al Señor y no haciendo nada sin su aprobación y sin pensar en Él.

Por cierto, las dificultades, las pruebas, los duelos, pueden pesar en nuestros corazones, pero tenemos los recursos inagotables de la gracia: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Nuestro Sumo Sacerdote está aquí para compadecerse de nuestras debilidades, y si nuestro débil corazón está inquieto y agobiado por el peso de las cargas de la vida, puede dejarlos a los pies del Señor, quien, sobre las heridas de nuestra alma aplicará el bálsamo de la paz, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:6-7).

La Palabra nos exhorta y anima con ejemplos diversos. Qué calma y tranquilidad vemos en la fe de Abraham cuando Dios le pidió el sacrificio de su hijo, el único objeto de su amor y de todas las promesas de Dios. No puso reparos, ni temió ni suspiró; poseía la perfecta tranquilidad de la fe (Génesis 22). Mucho contrasta con nuestras preocupaciones y agitaciones parecidas a las de Jacob, quien tomó tantas precauciones con respecto a Labán y Esaú, en lugar de confiar en Dios, quien le había dicho: “Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, y yo estaré contigo” (Génesis 31:3).

María demostraba tranquilidad cuando estaba sentada, feliz, a los pies del Señor, escuchando su Palabra, lo que contrasta con la inquietud de Marta (Lucas 10:38-42).

Por encima de todos, tenemos el ejemplo de Cristo: “Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado” (Salmo 16:1). Manso, humilde de corazón y tranquilo en su obediencia a la voluntad del Padre, dijo a los suyos: “La paz os dejo, mi paz os doy”. “Paz a vosotros”. “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él” (Juan 14:27; 20:19; Salmo 37:7). ¡Tranquilidad! ¡Paz! ¡Confianza!

El Señor tenía confianza por la mañana: “De mañana me presentaré delante de ti, y esperaré” (Salmo 5:3); confianza durante el día: “En ti he esperado todo el día” (25:5), y confianza por la tarde: “En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque sólo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (4:8). “Mas yo en tu misericordia he confiado” (13:5). ¡Su bondad! ¡Su amor! Tenemos la tranquilidad en el pasado, el presente y el futuro: es un gozo inefable y glorioso que llena nuestros corazones.